



DE MADRID.—GACETA DE LOTERÍAS Y DE TOROS.

Se publica despues de cada corrida de toros que se celebre en esta córte y los días en que haya sorteo de la lotería.

Precios: Madrid, seis meses, 8 reales. Un año, 12 reales. — *Provincias:* Seis meses, 10 reales. Un año, 16 reales. — *Para la venta:* 25 ejemplares, 3 reales. A los suscritores por un año se les regalará en Diciembre un libro en 8.º, con la descripción de las corridas de toros que se verifiquen en Madrid durante el mismo.

A los suscritores de provincias, que lo soliciten, se les remitirá gratis la lista completa de los números premiados en los sorteos de la Lotería Nacional.

Puntos de suscripción: En las principales librerías y en la Redacción, calle de Fuencarral, 146, segundo izquierda.

NÚM. 1.

Madrid.—Domingo 29 de Marzo de 1885.

AÑO I.

ADVERTENCIA.

Los que reciban este primer número y no lo devuelvan ó avisen á la Redaccion, calle de Fuencarral, 146, segundo izquierda, serán considerados como suscritores.

PROGRAMA.

¿Qué podremos decir de nuestros propósitos? Son los más rectos y los mejores: si no llegamos al punto que nos hemos propuesto, culpa será de nuestra incompetencia ó de nuestro poco valer, pero nó de nuestras intenciones. El público ya nos conoce: con peor ó mejor estilo, con frase más ó menos dura, pero siempre guiados en nuestros juicios y apreciaciones por la más recta imparcialidad, hemos descrito durante diez años en un antiguo periódico taurino cuantas fiestas tauricas se han celebrado en la Plaza de Madrid. La afición al arte que hizo célebre á Montes y tantos otros, nos impele hoy á tomar nuevamente la pluma para decir á los toreros las verdades que se merezcan, defender en nuestra modesta esfera los intereses del público, censurar cuanto en nuestra pobre opinion merezca censura, y no escatimar los plácemes á quien se haga acreedor á ellos.

Ni amistades, ni consideraciones de especie alguna, nos harán cejar en el propósito que abrigamos de sostener ruda campaña contra los que por lucro, por pereza, por falta de conciencia ó por ignorancia, contribuyan á que la lidia de reses bravas dé un paso más en el periodo de decadencia en que se halla. Porque hoy, á pesar de celebrarse más corridas que hace veinte años y de ir más gente á los circos taurinos, hoy el gusto está perdido y olvidadas las nociones del arte verdadero. Los toreros y el público de hoy, comparados con los antiguos, arrojan un déficit grande en contra de los segundos, respecto á inteligencia y vergüenza torera en unos, y justicia ó imparcialidad en el otro. Y de continuar olvidadas las reglas que para torear dieron los grandes maestros, de seguir los públicos halagando á los diestros, sin que éstos hagan por merecer esas distinciones, de seguir las empresas explotando sin conciencia la curiosidad ó el ef-

pricho de las gentes; de hacerse ley que los toros han de lidiarse á los cuatro años, ó á los tres, si el caso apura, y de continuar las autoridades sin poner coto á los abusos de público, diestros, empresarios y ganaderos, más pronto tal vez de lo que se pueda presumir, las corridas de toros serán ridícula parodia de lo que fueron á fines del siglo pasado y en el primer tercio del actual.

Escasas son nuestras fuerzas y corta nuestra talla para poder atajar un mal calificado ya de incurable; pero si el ENANO DE MADRID sirve de puntal, aunque ligero, para que el edificio de la tauromaquia no se derrumbe á pesar del estado ruinoso en que se halla; si nuestra campaña merece la aprobacion de los aficionados imparciales y entendidos; si se hace justicia á la buena fé que campeará en todos nuestros escritos, daremos por muy bien empleadas las molestias y disgustos que ha de proporcionarnos la publicacion de este periódico.

Y basta de programa, que es mejor probar con hechos nuestros buenos deseos que hacer alarde de ellos.

LA REDACCION.

IMPORTANCIA DE LA SUERTE DE VARA.

Desde que á fines del primer tercio del pasado siglo se inició la lidia de dar muerte á los toros con estoque por cuadrillas de á pié, á cuyo frente figuró Francisco Romero, inventor de la muletilla—no de la suerte de matar con espada frente á frente, como algunos han dicho—se comprendió la necesidad de que las reses llegasen á aquel trance supremo, si no reñidas y aplomadas, al menos castigadas, de tal modo, que fuera posible con algo de habilidad y mucho conocimiento hacerlas humillar convenientemente, para recibir, descubriéndose, el arma que habia de dar fin de su vida. Conocieron los toreros de entonces que ni los retletes que tanto mortifican á los toros, ni los capotes que tanto causancio pueden causarles, eran bastante para conseguir el fin apetecido, porque los primeros, no siempre bien colocados, y los últimos en muchas ocasiones mal llevados, lejos de conducir á las reses doblasen la cabeza, contribuyendo no poco á obtener el fin contrario á que iban dirigidos.

Así es, en efecto. Con los arpones y retletes alarados en los

costados del cuello de las reses, se esteraba, como hoy se dificulta cuando se ponen bajas las banderillas, herir con el estoque por derecho, puesto que resentidos de uno de los lados los animales, de aquí el han de acostarse necesariamente; y con los capotes enredados en los cuernos, lejos de conseguir que humillen, lo que se obtiene es levantarlos la cabeza, que se les descomponga y que al ver cerca de sí otro trapo como lo es la muleta, derroten alto, se ciernan delante del engaño y desluzcan cuando ménos á cualquier matador.

Por eso sin duda alguna, y por lo brillante que es la suerte á caballo cuando está bien ejecutada, inventaron la de picar con garrocha, en la que un hombre valiente, fornido, buen ginete, con un caballo potente y bien arrendado, y conociendo lo que es el toro, lleva noventa probabilidades de ciento de echársele por delante; del mismo modo que las tiene entonces el espada de salir ileso si conoce el instinto de la fiera, sabe guiarla y no le falta serenidad.

Generalmente el toro sale del chiquero levantado, bravucon y á veces abanto: casi siempre mirando al cielo, ó por lo menos erguido, y es seguro que si no hubiese picadores que empezasen á domar hasta cierto punto su arrogancia, clavando la garrocha en el morrillo, difícil sería á los toreros de á pié quedar airosos poniendo banderillas y mucho más estoqueando; pues, probado se halla hasta la evidencia, que sólo á media vuelta ó al relance se ponen hoy los palos á toros levantados, habiendo necesidad de que estén parados y hasta igualados, para irse á ellos el peon, si se los ha de clavar al cuarteo, al quiebro, de frente ó al sesgo, y que otro tanto sucede al matador, á quien es mal fácil habérselas con una fiera parada y aun aplomada, que con lo poco castigada, que por lo mismo se revuelve con demasiada precipitación, no humilla sino después de muchos pases, que suelen proporcionar coladas, si el toro es codicioso, y si por el contrario es receloso ó cebardo concluye por huirse, fatigando al diestro en su busca y aburriendo al público.

Algo pueden hacer unos cuantos lances de capa bien dados y á tiempo, para que el toro levantado se repare; pero con esto no se conseguirá por completo y en todas ocasiones que humille lo necesario, además de que puede reponerse del destronque sufrido á los dos minutos, lo cual no sucede cuando la puya le ha herido el morrillo, porque este pinchazo le sigue molestando constantemente, le debilita desangrándole y no le deja resábio alguno para cortar terreno, ó esparramar la vista, ni hacerse de sentido. Y téngase esto muy presente: los toros se hacen de sentido con la gente de á pié, nunca con la de á caballo.

¿Por qué?

Porque el picador montado forma con su cabalgadura un solo cuerpo, un solo bulto, contra el que la fiera se dirige rectamente, mientras que las llamadas en falso, los capotes desviados del peon y la muleta mal presentada y peor dirigida, son casi siempre las causas de que aquella aprenda lo que no la es común; que al fin, aun que noble, tiene un instinto superior.

Concediendo, pues, que al banderillero ha de costarle trabajo parear con lucimiento á los toros no castigados, y al espada mucho más componerlos la cabeza sin abusar de la muleta con pases altos, bajos y de todas clases, demostrada queda la necesidad é importancia de la suerte de vara, que tiende á evitar aquellos inconvenientes.

No seré yo quien niegue que la referida suerte, tal como hoy se practica, tiene algo de repulsiva por lo que á los caballos toca, en cambio de las circunstancias de arrojada y valiente que nadie puede negar; pero ha de permitírseme decir que aquella repulsión, la que produce el derramamiento de sangre de animales indefensos, puede cesar en gran parte, si quieren los que se dedican al arte de picar toros.

Que no intenten practicarle los débiles ó poco forzudos, ni los de corta estatura.

Que los valientes y ágiles ginetes observen las condiciones de las reses, fijándose mucho—para tomar más ó ménos de lleno la suerte de cuál de los dos cuernos es el maestro en cada animal.

Que aprendan también las reglas generales del toreo, no sólo á caballo, sino á pié, lo cual ha de servirles de mucho.

Que sepan clavar la puya en lo alto del morrillo, echando el cuerpo sobre la vara al mismo tiempo que con la mano izquierda saquen por este lado el caballo, aguijoneándole con las espuelas, que van cayendo en desuso.

Y si necesario es, porque el picador no ha sabido hacer bien la suerte confiando á la fuerza lo que debe fiar á la inteligencia, ayuden los peones con el capote á sacar el toro, aun antes de que la suerte quede consumada, que lo que al fin importa es en primer lugar la vida del hombre y después la del caballo y el lucimiento de uno de los lances más importantes en la lidia de reses bravas.

De no hacerse esto, día llegará y no muy lejano en que la vara de tener, que tantos lauros proporcionó á Corchado, Puyana, Ortiz, Sevilla y otros, ceda el puesto al rejonejillo, usado con destreza por Villamediana, Trejo, Artax y Larroca, ó á las farpas portuguesas, en cuya colección no tiene hoy rival el opulento amador del vecino reino portugués Sr. D. Carlos Relvas, nuestro muy distinguido amigo.

J. SANCHEZ DE NEIRA.

UN TORO CÉLEBRE.

Corría el año 1864.

Francisco Arjona Guillen («Cúchares») había llegado al apogeo de su reputación, y por más que él, por su natural modestia, no aceptase el dictado de maestro, unánimemente toreros y aficionados le reconocían como tal.

«Curro» era un torero de muchísima experiencia, astuto y jugeton, y de habilidad extraordinaria para torear las reses difíciles, en tal extremo, que prefería los toros de cuidado que se defendían ó pegaban á las tablas, á los que no presentaban dificultad alguna.

Para «Cúchares» no había toros difíciles. Era un matador que llevaba la confianza donde quiera que se presentaba, y tanto los toreros como el público estaban tranquilos cuando el Sr. «Curro» se hallaba en el redondel.

Por eso, para tranquilizar los ánimos, cuando ocurrió la desgraciada muerte del espada cordobés José Rodríguez («Popete»); la empresa de entonces llamó precipitadamente al diestro que nos ocupa (que á la sazón se hallaba en Barcelona), y su presentación en el cozo madrileño fué un acontecimiento que contribuyó poderosamente á borrar la dolorosa impresión que aquel triste suceso produjo en la corte.

Porque «Cúchares», el lidiador experimentado que tenía ó inventaba recursos para todos los toros, llevaba consigo la confianza, difundiéndola en derredor suyo.

A este diestro, precisamente, el destino le tenía dispuesto un toro de examen que había de hacer al maestro agotar todos los innumerables recursos de que disponía; y tuvo esto lugar el 5 de Mayo del año antes citado 1864.

Celebrábase este día la quinta media corrida (como entonces se llamaban), en la que tomaba la alternativa Manuel Fuentes («Bocanegra») y toresaban además de los citados, el «Tato» y el «Gordito», corriéndose ocho toros portugueses. Era jueves y costaba seis reales el tendido de sol.

La corrida fué animada; el «Tato» y el «Gordito» estaban en competencia; «Bocanegra» mató el primer toro, que se llamaba *Romito*, de un mete y saca recibiendo, hubo quites de mérito y otros lances que no hay para qué mencionar, y á su debido tiempo apareció en la arena el quinto toro de la tarde, que fué lo más notable y sorprendente.

Llamábase *Casalamenta*, era negro, cornicorto, de muchas libras y ligero como un gamo. La divisa que lucía era azul celeste con filetes blancos, como perteneciente á la torada de D. Rafael José da Cunha, de Lisboa.

Desde su presentación en el redondel vieron los inteligentes que aquel era un toro peligroso; pues salió parándose, esparramando la vista y buscando el bulto. El maestro vió indudablemente antes que nadie la clase de bicho que era y no descuidó medio alguno para



poderlo dominar; pero ni las acertadas disposiciones que daba á sus banderilleros, ni su mismo capote, poderosísimo siempre, sirvieron en este caso lo que en otros habian servido, porque aquel toro sabia más que los toreros.

En vano pretendió *quitarle piés*, la fiera recelosa se quedaba cerniéndose y no tomaba viaje alguno con los capotes, reservándose de este modo las facultades; pero en cambio arrancaba con extraordinaria prontitud y codicia al bulto, poniendo en grave riesgo á los peones. Doce varas le pusieron entre Antonio Pinto y José Muñoz, á quienes les mató cuatro caballos; y al tocar á banderillas se hallaba el toro tan maliciado que Pablo Herraiz y Mariano Anton, inteligentes banderilleros, á quienes correspondió este servicio, tuvieron que hacer varias salidas inútiles para clavar dos pares.

El señor «Curro» salió á despacharlo diciendo: *El toro está muy entero y es de mucho sentío, pero no hay cuidado*, y se dirigió al bicho para pasarle al natural é inició su faena con ocho pases de este género y cuatro con la derecha, pero notando que la resablada fiera le iba ganando el terreno y se revolvia furiosa buscándole al bulto, recurrió á su infalible traseo de medios pases con que mareaba á los toros; y rápidamente, creyendo llegado el momento oportuno se tiró al volapié, en cuya suerte, práctico consumado, tenia gran seguridad.

Pero *Casalamonta*, era un toro excepcional y á pesar de la rapidez de los movimientos del «Curro», no se dejaba sorprender, así es que derrotando por alto en el momento preciso de la suerte, desarmó al matador y estuvo á punto de cojerle. Desde este momento, la lucha de astúcias, engaños y demás recursos entre el célebre matador avezado á lidiar toros peligrosos y la astuta fiera (que indudablemente estaba muy placeada) llegó á su colmo.

Doa veces más intentó «Curro» el volapié y otras tantas fué desarmado y derribado; probó sorprenderla á paso de banderilla y las tres veces que lo hizo lo advirtió la fiera y evitó la estocada; pretendió herirla á toro corrido, pero en vano, la res estaba sobre aviso y las dos veces que el diestro se atravesó, descubrió el ardid, arrancó hácia el diestro, lo embrocó y lo derribó.

Pero el afamado lidiador no desconfió de sus recursos. Pisado, revolcado, jadeante, con la mulera hecha giras en la mano izquierda y en la derecha la espada con que á centenares de toros rindió á sus piés y que en esta ocasion no había conseguido sino dar ligeros pinchazos, es piaba el momento de sorprender á su terrible enemigo. En la plaza no había terreno alguno de que no se apoderase el toro: no había donde pisar; donde quiera que «Cúchares» salía á la arena, la fiera parece que le conocía y se lanzaba á él buscándole el bulto; los capotes estaban por el suelo, los peones se arrimaban á las tablas y la res parecía enseñorearse de la plaza. Pero el Sr. «Curro» había seguido atentamente los movimientos de la fiera, y aprovechando un descuido concluyó con ella de media estocada rápida y ciertamente dirigida.

Hé aquí por donde la casualidad vino á deparar este toro marrajo justamente al diestro que con más títulos podía encargarse de él, y fué verdaderamente una coincidencia muy oportuna la que hizo que el toro maestro viniese á parar á manos del torero maestro.

El buen «Cúchares» tuvo recuerdo para mucho tiempo del célebre *Casalamonta*, á quien jamás citaba con su verdadero nombre, llamándole generalmente el toro *Ladron*, por parecerle este título más propio para designar aquel bicho tan corrido y tunante que en tan grave peligro puso su vida y del que triunfó gracias á sus raras dotes taurómacas; y dícese que cuando recordaba el terrible aprieto en que lo había puesto, exclamaba con acento serio y aire intranquilo: «Si supiera que en lo que me resta de vida había de verme con otro toro como el *Ladron*, ahora mismo me cortaba la coleta.»

Pero afortunadamente toros como aquel sólo se ven una vez, á lo más, cada siglo.

F. DE AMALLO.

EL TORO DE LIDIA.

El pueblo español, predispuesto por naturaleza á rendir culto al valor, no ha podido ménos de conceder en su historia un lugar preferente al toro bravo.

El indómito carácter de este hermoso y fiero animal, su increíble fuerza y su asombrosa ligereza, le han hecho desde remota fecha acreedor á la admiración general en este extremo de Europa, donde tanto abundan los valientes. Porque en España sería imposible hallar un cobarde, aunque se recorriese con este objeto toda su extensión desde los Pirineos hasta las columnas de Hércules.

Por esto el español ha simpatizado con el toro; le contempló hermoso y le agradó; le vió valiente y le admiró.

Pero no de balde compra su puesto en los anales del pueblo hispano; la bravura que para ello se le exige, es inconcebible. Cubierto de heridas, rendido, burlado sin cesar, peleando sin tregua solo y contra muchos, aun no le es permitido volver la cara si ha de pasar como bueno.

Sin embargo, esa terrible exigencia es satisfecha con holgura por el toro español, que, digno del suelo en que ha nacido, tiene siempre bravura y fiereza para pelear hasta el último extremo; bravura que entusiasma al más apático de los espectadores, y sereza que en ocasiones ha llenado de admiración á todo el público de una plaza, que, frenético, ha deseado ver premiadas las proezas del bravo animal.

Así aconteció el 26 de Julio de 1871 en el Puerto de Santa María, donde *Cantarero*, de la ganadería de D. Vicente Romero, tomó 32 varas, matando nueve caballos é hiriendo á 11, concediéndosele la vida á petición del numeroso público que llenaba el circo.

Media-noche, toro berrendo en castaño, lidiado el 8 de Setiembre de 1875 en San Fernando, también mereció el honor de que se le concediese la vida por bravo, después de matar nueve caballos en 19 varas que tomó.

Llavero, del ganadero Carriguiri, fué igualmente indultado el año 1860 (14 de Octubre), por tomar 53 varas sin volver la cara, y

Marismeño, lidiado en la Plaza de Ronda, tomó 51 varas el 24 de Mayo de 1864, entusiasmado de tal modo al público, que después de muerto aquel bravo animal, fué paseada su cabeza por la Plaza al son de la música entre los aplausos de la concurrencia.

Pero ¿cómo sería posible citar todos los nombres de los toros que entre los bravos se distinguieron por su bravura? Imposible. Sucede lo mismo que á los héroes en la historia española: son tan numerosos, que no llaman ya la atención.

F. DE AMALLO.

Durante la semana última circuló por Madrid el rumor de que por no haber llenado el Sr. Menéndez de la Vega un requisito insignificante en la segunda de las dos proposiciones que hizo en la subasta de la Plaza de Toros de esta corte, iban á anular dicha segunda proposición y á proceder á la admisión de la primera, cuyo importe es de 17.000 y pico de pesetas menos por año, ó sean más de 20.000 duros de perjuicio para los intereses del Hospital al cabo del tiempo que ha de durar el arrendamiento. No hemos dado crédito á dicho rumor, porque el notario que concurrió á la subasta dió fé de quedar adjudicada la plaza provisionalmente á D. Rafael Menéndez por 205.555 pesetas anuales, firmando su conformidad el rematante, y no creemos que á pesar de los buenos deseos de varios amigos del Sr. Menéndez se pueda hoy anular lo que solemnemente se hizo el día 18 ante más de 500 espectadores, porque si la proposición del Sr. Menéndez tenía algún vicio de nulidad debió verse en el acto de su lectura y desecharse entonces, como se desecharon otras varias por omisiones ó defectos insignificantes. Por lo demás, á pesar de la importancia de la suma en que se ha rematado el circo taurino, creemos ha de tener el empresario bastante beneficio sin necesidad de encarecer las calidades de un modo exagerado, pues de hacerlo así tal vez le produjese efectos contraproducentes. Y la prueba es muy sencilla: un lleno en la plaza, á los precios marcados para este año, debe producir á la empresa algo más de 8.000 duros, sin

contar los ingresos de Contaduría; de modo que calculando 30 corridas al año ascenderá el ingreso á 240.000 duros.

Los gastos de alquiler de plaza, contribuciones territorial é industrial, importe de las cuadrillas para las dos corridas de Beneficencia é impuesto del sello móvil, ascenderán al año á 64.000 duros, que con 120.000 que costarán las cuadrillas, toros y caballos para las 30 corridas, hacen un total de 184.000 duros, quedando por lo tanto un remanente de 56.000 duros anuales para gastos de Administración, pastos, billetes sobrantes y otros imprevistos, cantidad de la que si sigue el negocio como en los ocho años últimos sólo se consumirá la mitad, quedando 28.000 duros á favor del empresario. ¿Hay muchos negocios que empleando en ellos un capital de 80.000 duros den 28.000 de interés, ó sea el 35 por 100 anual? Claro es que tiene el asunto sus peligros, que pueden ocurrir complicaciones y comprometerse el resultado del negocio; pero ¿hay alguno exento de tales peligros? Consta, pues, que sin encarecer los precios de las localidades, y siempre que los diestros y los ganaderos no exageren sus pretensiones, puede la empresa ganar el año próximo una cantidad crecida en relación al capital empleado.

Los otros 39 postores que fueron á la subasta del 15 ó tenían grandes deseos de lucro, é no hicieron bien las cuentas: el que mejor proposición hizo después de Menéndez fué nuestro querido amigo el conocido banquero D. José Cortina, que ofreció más de 185.000 pesetas anuales.

Para optar á dicha subasta se depositaron en la Caja 9.120.000 reales en efectivo, pagando los interesados por derechos de custodia cerca de 1.300 duros.

Los primistas salieron empujados, porque no podía haber convenio.

Todos los aficionados han estado á unánimes en protestar del cartel de abono presentado por la empresa para las siete primeras corridas, y sobre todo, se duelen del aumento de precios, pues si bien es cierto que las cuadrillas costarán algo más y algunos ganaderos han elevado el precio de sus toros, también es cierto que no en todas las funciones torearán renidos «Lagartijo» y «Frasquito» ni en todas las corridas han de lidiarse toros de Veragua, que hoy como siempre son los más caros. Quién se lamenta de que se cisen en el cartel 20 ganaderías, cuando con ocho había bastantes: quién desearía fuesen corridas de abono aquellas en que toreasen por lo menos uno de los dos primeros matadores «Lagartijo» y «Frasquito», otro de los cuatro últimos («Bica», Hermosilla, «Lagartijo» y «Galio») y una espada de alternativa: otros hubieran visto con gusto que se decía en el cartel de abono los diestros que iban á tomar parte en cada función y los toros destinados á cada corrida: estos dicen que en el cartel falta «Cara-ancha», aquellos echan de menos á Mazzantini, los abonados á delantera de tendido claman por la barandilla que Menéndez les ofreció hace cinco años y todos en fin se muestran disgustadísimos. Pero á pesar de tales clamores, no ha quedado ni una localidad sin abonar, siendo aquellos más alborotados los primeros en acudir á la calle de Sevilla para recoger los billetes mediante un puñado de duros.

¿Qué ha de hacer la empresa en vista de que la arrebatan las localidades de las manos? Encarecerlas hasta el límite posible, pues sabido es que todo en el mundo alcanza precio con relación á la demanda. Si la empresa viese desierto el despacho y vacía la plaza en una, dos ó tres corridas, á buen seguro que pondría los medios para volver á obtener el favor del público. De otro lo contrario, y la empresa no tiene prisa por rebajar el precio á las localidades, ni por hacer sacrificios cuya recompensa alcanza hoy suprimiéndolos.

No podrá tachársenos de afectos á la empresa porque todo el mundo sabe que fuimos los primeros en censurar la marcha que seguía y en disparar contra ella pala rasa, emprendiendo una ruda campaña que nos ha proporcionado alguna que otra molestia; pero á fuer de adversarios leales hemos conseguido que la empresa hace muy bien en aprovecharse de la afición, la debilidad y la ignorancia del público, siendo este el único responsable de lo que sucede.

Reciente está lo ocurrido con la empresa del regio coliseo: los abonados no recogieron sus localidades en vista de la subida de pre-

cios, y no tuvo la empresa otro medio que acceder á las exigencias justas y razonables del público. Imiten ese ejemplo los aficionados á toros, tanto respecto á la empresa como respecto á los toreros y á los ganaderos: no aplaudan más que lo que digno de aplauso sea: censuren todo lo malo, que es mucho y será más si la indulgencia del público degenera en debilidad: no tomen localidades cuando estén caras con exceso ó no guarde el cartel de abono relación con los precios marcados, y de este modo se corregirán los abusos que todos fomentamos y que somos los primeros en lamentar.

Las autoridades ni pueden ni deben haber más que obligar al empresario á cumplir lo ofrecido en los programas: si lo que ofrece es poco y el público se contenta con ello, ¿qué puede hacer la autoridad? ¿Cómo, ni quién, puede obligar á un ganadero á que críe toros de cinco años, cuando le pagan al mismo precio los becerros cuatrefios? Y si los ganaderos de primer cartel no tienen toros de cinco años, ¿cómo obligar á la empresa á que dé cornúpetos quinquenios y de acreditadas castas?

Es mal, pues, dimana del público, que todo lo paga, todo lo aplaude y todo lo consiente; los aficionados son los únicos que pueden evitar los muchísimos abusos que ocurren en la fiesta nacional.

Despertad, pues, aficionados y probad que no impunemente se dan un año y otro motivos para desertar de la plaza de toros y renunciar á la fiesta favorita de los españoles.

Segun noticias de Cádiz, es casi segura la pérdida del vapor *Apolo*, que hace más de cincuenta días salió del puerto de la Habana con rumbo á España. En él venían los diestros Luis Villaverde y Antonio Echavarría (el Aragonés), que habían ido á Cuba con Paco Frasquito y Mateito. Este último se encuentra en Méjico con Machío Gutierrez, el Niño y otros diestros: Paco Frasquito regresó á España en Enero, pues no quiso aceptar las proposiciones que le hicieron para Lima, Méjico y otros puntos de América.

Celebraremos que al fin parezca el *Apolo* con la tripulación y pasajeros.

El padre de Luis Villaverde está toreando en Montevideo con el *Punterat*.

En Valladolid se celebrará el 10 de Mayo una corrida de toros, en la que estoqueará Lagartija y un medio espada.

Se ha concedido autorización para construir una plaza de toros en el paseo de las Delicias. La del Puente de Vallecas será reformada en breve, poniendo palcos en todo el circo, y en Tetuan va á construirse la plaza de toros. No nos podemos quejar los madrileños por falta de plazas donde rendir culto á nuestra fiesta favorita.

Para torear en Aranjuez han sido contratados «Cara-ancha» y Mazzantini.

Este último tiene ajustadas las corridas de Utiel, en cuya plaza se lidiarán toros de Veragua y de Fernán lo Gutierrez.

El matador de toros Luis Mazzantini tiene contratadas para el año actual las siguientes corridas:

Abril: 5, 12, 18, 19, 20, Sevilla; 26, Cádiz (solo); 28, Jerez.

Mayo: 2 y 3, Cartajena; 10, Málaga; 14, Sevilla; 17, Puerto de Santa María; 28 y 29, Ciudad-Rodrigo.

Junio: 4, Sevilla; 7, Málaga; 14, Bilbao; 21, Puerto de Santa María; 24, Jerez; 28, Cádiz.

Julio: 7, 8, 9 y 10, Pamplona; 16, Málaga; 19, Barcelona; 26 y 27, Tudela.

Agosto: 2 y 9, San Sebastián; 11 y 12, Santander; 15 y 16, Ba-dejo; 23, 24, 25 y 26, Bilbao; 30, Barcelona (solo).

Setiembre: 5, Aranjuez (solo); 12 y 13, Abril; 20, Cádiz; 24 y 27, Barcelona.

Octubre: 11 y 18, Zaragoza.